

## Mauricio Torra-Balari y Llavallol. Una vida contada por un amigo

Eliseo Trenc

Université de Reims.

Transcripción de la conferencia que fue impartida por el profesor Eliseo Trenc en el Instituto Cervantes de París, el día 29 de Abril de 2014.

Mauricio nació en Barcelona en 1907, en el seno de una familia de la burguesía industrial textil catalana, que venía de la comarca del Bages, cerca de Manresa. Estudió en el colegio de jesuitas de Barcelona, donde tuvo al padre Batllorí como condiscípulo. Al terminar el bachillerato, como Mauricio era el primogénito, sus padres le dijeron que debía seguir la tradición, llevar el negocio textil familiar, y lo ingresaron en la Escuela de Comercio, donde acabó siendo périto mercantil. Luego terminó la carrera textil en la Escuela Batlló. Tenía entonces 20 años, corría el año 1927, y Mauricio entró sin la menor ilusión en el despacho de la industria familiar, ya que lo que le interesaba era la Literatura y sobre todo la Historia. También en aquellos años hizo la mili.

En la familia había un precedente ilustre de intelectual que se había librado de los negocios, era el doctor José Balari y Jovany (1844-1904), doctor en Filosofía y Derecho, abogado, filólogo, historiador, helenista y taquígrafo al que Mauricio admiraba mucho. A pesar de todo, éste intentó dar con una salida. Se matriculó como estudiante libre en la facultad de Derecho, y se licenció con la esperanza de que algún día, cuando su hermano pequeño Juan fuera mayor, se hiciera cargo del negocio, y él pudiera llegar a ser catedrático de Filosofía de

la Historia. Como veremos la primera esperanza se cumplió pero no la segunda.

En Barcelona, en cuanto salía del despacho, Mauricio frecuentaba el Ateneu. Allí conoció a Josep Maria de Segarra, Miquel Llor, el periodista Just Cabot, director entonces de la gran revista *Mirador*, el pintor Grau-Sala (a quien volvería a encontrar en París), etc. Practicaba mucho deporte: por la mañana en el Club Natación Barcelona, los sábados y domingos esquíaba en La Molina, también jugaba al tenis, aunque mal, en el Polo, y le gustaba mucho el excursionismo. La vida típica de un chico de buena familia de la Barcelona de los últimos años 20 y de los primeros años 30. Y lo que no ha contado en ninguna entrevista, pero de lo que me ha hablado extensamente, es que como todos los jóvenes de aquellos tiempos por la noche iba al Paralelo y a sus célebres teatros y cabarets, y frecuentaba el mundo «intérlope» de las actrices y bailarinas, lo que le divertía mucho. También viajaba mucho por España por motivo de negocios para la empresa familiar y en Madrid conoció al Doctor Marañón y también conoció a Federico García Lorca en casa de Morla, el embajador de Chile en España. Lorca hizo de Mauricio un retrato lleno de melancolía: un joven, de largas pestañas, que derrama lágrimas (fig.1). Cuando su hermano Juan se incorporó al despacho, su padre, pese a que le disgustara que rompiera la tradición familiar, permitió que Mauricio fuera a Cambridge a perfeccionar el inglés, si bien ya había estado en Liverpool cuando era adolescente, con la familia Treneman, que era también del ramo textil y amiga de los Torra-Balari. Después volvió a Madrid para hacer el doctorado y oposiciones a cátedra. Pero Mauricio dijo en la excelente entrevista

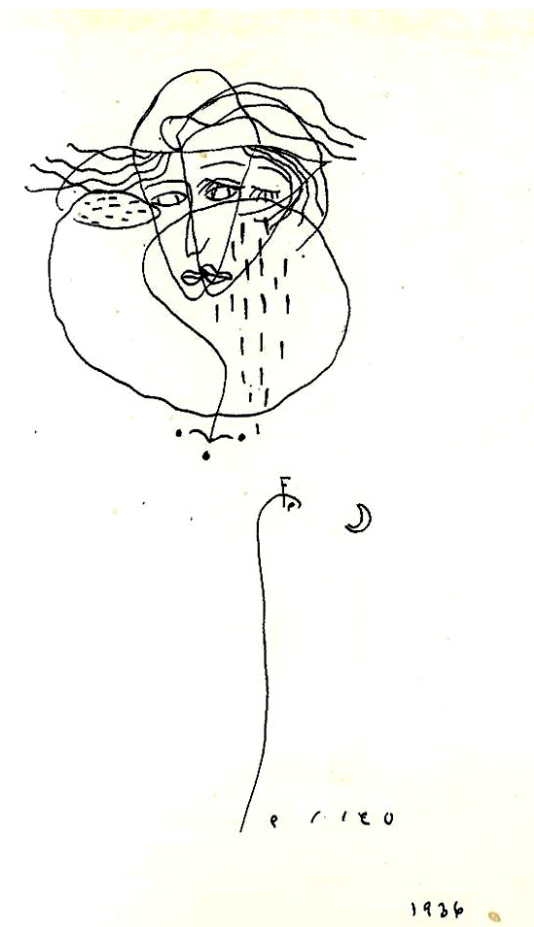


Fig. 1. Federico García Lorca, *Retrato de Mauricio Torra-Balari* (1936), dibujo alegórico. Reproducción en el Archivo documental Eliseo Trenc.

que le hizo Lluís Permanyer titulada «Mauricio Torra-Balari Embajador cultural en el París de Picasso y Cambó» (*La Vanguardia*, 8 de marzo de 1987, p. 33) que era demasiado tarde y que optó entonces por la carrera diplomática, que truncó la Guerra civil.

Cuando ésta estalló, el 18 de julio de 1936, Mauricio estaba haciendo unas prácticas como obrero en la fábrica textil de su padre (esto solía hacerse en las empresas catalanas). Su anchura de miras, su simpatía personal, su integración en el mundo obrero de la fábrica, hicieron que sus compañeros de taller lo designaran para representarles en el comité del

proletariado de la fábrica, es decir el «soviet» de la empresa, con la idea de que se conservase el buen clima social que reinaba entonces en esta empresa familiar. Pero la rápida radicalización de la revolución acabó con esta situación de consenso, y naturalmente Mauricio salió del comité obrero. Mauricio no fue nunca un fanático, como veremos cuando hablaremos de su vida en París. Frecuentó tanto a los franquistas como a los republicanos, y confrontado a las violencias y a los excesos de la guerra civil, él que era de una gran familia burguesa en una Barcelona revolucionaria, y donde seguro que peligraba su vida, decidió marchar al exilio, concretamente a París. Cruzó la frontera en 1937, a pie a la altura de Figueras, dos días de marcha, guiado por dos contrabandistas de absenta. En París, su familia tenía muy buenos e influyentes amigos franceses que le avalaron y así dispuso en seguida de papeles en regla. Primero se ganó la vida trabajando en la imprenta del grabador Daragnès, en Montmartre, donde hacía de todo, o bien de recadero (era un excelente ciclista, rápido y resistente), o bien trabajando en las prensas o de secretario. Es seguramente entonces que conoció al pintor catalán afincado en Montmartre y amigo de Daragnès, Pere Creixams. El hijo de éste, Ramon Creixams, me contó que recordaba en la postguerra, cuando era niño, las visitas de Mauricio, acompañado a menudo por Luís González Robles, al taller de su padre. Y los recordaba bien ya que ambos vestían de forma muy elegante, como unos dandis. Después encontró otro trabajo mejor, pero que tendría más tarde consecuencias nefastas en su carrera, fue secretario del ex-ministro de Alfonso XIII, Francesc Cambó. Según su sobrino, Mauricio ya conocía a Cambó antes de la guerra civil, y ya había empezado a ordenar su biblioteca y sus archivos

en Barcelona. Mauricio dice que visitó a Cambó en el Hotel Crillon, en París, supongo que alrededor de 1938, y que le pidió si podía trabajar para él. Cambó le hizo responsable de su hemeroteca y de su biblioteca, y cuando se marchó su secretario Ribó, asumió el secretariado parisino de Cambó hasta que éste se fue a Argentina. El gran especialista de Cambó, el historiador Borja de Riquer no señala en ningún momento la presencia de Mauricio en la oficina de Prensa y de Propaganda en París, montada y financiada por Cambó y dirigida por Joan Estelrich. Pero como veremos Mauricio Torra-Balari no aparecía casi nunca en la lista del personal donde trabajó, pues le gustaba quedar en la sombra. A mi ver, es seguro que trabajó para Cambó. Tuve la oportunidad de cenar cerca de Terrassa, en Matadepera, en los años 1980 con él y Paulina Pi de la Serra, que era en aquellos años 1939-1940 la compañera sentimental de Estelrich, y hablaron mucho de los años en que colaboraron ambos en las empresas de Cambó en París. También me di cuenta que eran muy amigos. Así, gracias a Cambó, Mauricio entró en los círculos financieros y políticos parisinos y se inició en la política internacional. En el París de la pre-guerra mundial frecuentó sobre todo a los catalanes, exiliados de la burguesía moderada que habían huido de la Barcelona revolucionaria, y que se reunían para cenar cada sábado en un restaurante de la calle Quentin Bauchart. Entre ellos el diplomático y poeta Jaume Agelet y su esposa, Paulina Pi de la Serra, Millàs Raurell y el pintor Grau Sala. Después de 1939 el grupo aumentó con los refugiados republicanos, Just Cabot, Lluís Montanyà, Víctor Hurtado, etc., poco a poco se desplazó hacia Montparnasse y tomó un cariz más artístico con la presencia de Joan Rebull, Grau Sala y Antoni Clavé. En junio de 1940 Mauricio participaba en el éxodo

del gobierno y de la población parisina hacia Burdeos, trayecto que, según me contó, hizo en bicicleta. Como mucha gente, no tardó mucho en regresar a París ya que en octubre de 1940 se matriculaba en l'Ecole Libre des Sciences Politiques. Por el testimonio de un condiscípulo con quién mantuvo una amistad toda la vida, François Boucher, sabemos que Torra-Balari ya tenía su piso en el 110 rue du Bac, y que decidió reanudar sus estudios, con el apoyo de su familia que había permanecido en Barcelona, con el objetivo de entrar en la carrera diplomática española. Eligió prepararse para ello en Sciences Po, escuela que ya tenía entonces mucha fama. Era mayor que los alumnos de su curso, él ya tenía 33 años y sus compañeros 17 o 18, pero se llevó bien con ellos. Según François Boucher, Mauricio fue un estudiante singular y brillante, incluso llegó a tener relaciones amistosas con varios profesores de la escuela, André Siegfried, Eugène Guernier, Maxime-Leroy, etc.

Mauricio fue muy amigo de los pintores de Montparnasse, y en las tertulias de los viernes en el Select, Bd Montparnasse, conoció a los escultores Mateo Hernández y Baltasar Lobo y a los pintores Pedro Flores, Francisco Boreas, Joaquín Peinado, Hernando Viñes, Manuel Colmeiro, Oscar Domínguez y Luis Fernández. Pero con quienes tuvo una gran amistad que duró toda la vida fue con los pintores catalanes Grau Sala, Antoni Clavé y el escultor Joan Rebull. Emilio Grau Sala le hizo aquellos años un retrato excepcional que para mí es uno de sus mejores retratos (fig.2). Otro gran amigo de Mauricio en aquel entonces fue el crítico de arte Sebastià Gasch. En un artículo de *Destino* del 29 de julio de 1961 éste recordaba las recepciones que daba Mauricio en su apartamento de la rue du Bac durante la ocupación alemana, y hace un retrato muy

vivo de Mauricio que les voy a leer: «...». Frecuentaba también la galería de Rosita Castelucho, en el Bd Montparnasse, y era muy amigo de la familia Castelucho ya que con Just Cabot y otros era uno de los grandes animadores de *les réveillons* que se organizaban en la casa de las Castelucho, madre e hija, ya que Mauricio tenía el don de los disfraces hilarantes. También en aquellos años conoció a Picasso, con quien tuvo una buena amistad como lo prueban los muchos libros ilustrados por él que Mauricio tenía dedicados con dibujos originales. Dice Mauricio que le había caído en gracia, ya que los dos eran muy «coñones». Picasso le decía que era el retrato de Dorian Gray, porque no le pasaban los años. Se reanudó su amistad cuando Mauricio volvió en 1947 a París, y éste le visitaba un par de veces al mes. Hablaban de literatura española del Siglo de Oro hasta la generación del 98, y en general mucho de España,



Fig. 2. Emilio Grau Sala, *Retrato de Mauricio Torra-Balari* (1939-1940?), óleo. Colección privada. Archivo documental Eliseo Trenc.

pero más que nada de Barcelona y en catalán. Elvira Farreras, la esposa de Joan Gaspar, escribe en sus memorias, que la *Tauromaquia* de Picasso, editada por Gustau Gili, se vendió muy mal en Cataluña, pero que el libro fue exportado con mucho éxito. Mauricio Torra-Balari fue uno de los pocos barceloneses que compró una *Tauromaquia* y Picasso se la dedicó más tarde.

El verano de 1943, Mauricio acabó sus estudios en l'Ecole des Sciences Politiques con la memoria «Synthèse d'histoire de l'Espagne» y el diploma de la escuela, en la sección diplomática. En un tomo encuadernado, que tiene su amigo François Boucher, se conservan todas las conferencias, esencialmente de historia, que pronunció Mauricio en l'Ecole Libre de Sciences Politiques durante su escolaridad, y particularmente la dicha memoria «Synthèse d'histoire de l'Espagne» que pronunció el 27 de enero de 1943. Ese mismo verano o en otoño del 1943, marchó a España para preparar el concurso del ministerio de los Asuntos Exteriores. Según se desprende de la correspondencia con Just Cabot, Mauricio vive aquellos años entre Barcelona y Madrid. Una cosa que me sorprendió, investigando sobre su persona, es que Mauricio me decía siempre que no quedaría nada de él, ya que nunca había hecho nada, y cuál fue mi sorpresa cuando encontré por internet un volumen de Escritos históricos-literarios que escribió en castellano entre 1938 y 1947. Los primeros sobre Madame Elizabeth de Francia, Blanca de Castilla del año 1938 y los dedicados a Federico II y la amistad, «La Real Abadía de Hautecombe» y «La feria del burgo de San Mauricio del año 1942» que dudo fueran publicados. Sí se editaron en la *Revista General de Marina*, (v. CXXVII, septiembre 1944) su trabajo sobre «Un marino diplomático: el conde de



Venadito» (1754-1835). En este volumen hay dos trabajos de doctorado de la cátedra de Historia de la Iglesia y Derecho Canónico de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, el primero sobre « La Orden de Santiago » (mayo 1945) y el segundo sobre « La política tunecí de Pedro III el Grande de Aragón » (diciembre 1945). Un dato interesante es que en el volumen se recoge también el texto de un discurso que pronunció como miembro del Comité Ejecutivo de la *Exposición de Acuarelas y Aguadas de autores españoles del siglo XIX*, organizada por la Sociedad Española de Amigos del Arte de Madrid y que fue radiado el 19 de abril de 1946 en Radio Nacional, que leyó en su nombre el Sr. Dalmiro de la Válgoma, ya que Mauricio estaba convocado a la misma hora para actuar en el II Ejercicio de Oposición a la Carrera Diplomática. Mauricio, no aprobó esas oposiciones. Mucha gente piensa, particularmente François Boucher, que conocía muy bien su capacidad intelectual, su vasta cultura histórica, la agudeza de sus análisis, sus dotes de presentador y comunicador, que fue por culpa de sus relaciones con Cambó y su francofilia que el régimen franquista no aceptó que entrase en el cuerpo diplomático español. Durante los años 1945 y 1946 debe permanecer en Barcelona, trabajando en la empresa familiar. De octubre a diciembre de 1946 viaja por Suiza y París, donde vuelve a encontrar a sus amigos. En enero de 1947, escribe en Barcelona una relación de ese viaje donde habla esencialmente de la vida cultural del París de la posguerra, de las exposiciones, de ballet y de teatro, y donde observa que lo que está triunfando en 1946 es el existencialismo y Jean Paul Sartre. En septiembre de 1947 ya está en París de nuevo como lo prueban los tres últimos trabajos de la recopilación de sus Estudios histórico-literarios, fechados en París, en septiembre de 1947, «Un

romance del Conde de la Roca, embajador de su majestad católica» y «Los primeros roces entre Felipe IV y El Principado de Cataluña (1621-1623)», y en octubre 1947 «La cuestión de la precedencia y una carta del Conde de la Roca», publicado en la revista *Simancas* de Valladolid en 1950.

Mauricio, a pesar de su fracaso en las oposiciones, tenía amigos en el seno mismo del ministerio de Asuntos Exteriores, en un momento en que España tenía que redefinirse en la Europa liberada del fascismo. Según palabras de François Boucher, se creyó que podía ser muy útil aprovechar la personalidad de Mauricio, además conocía bien Francia y tenía fuertes y altas relaciones en el mundo cultural y político francés para contrarrestar una fuerte corriente de opinión opuesta al régimen franquista en aquellos últimos años cuarenta en Francia. Así Mauricio volvió a París, no como miembro oficial de la embajada, sino de forma periférica, según Sempronio (*Diario de Barcelona*, 25 de mayo de 1957), como delegado del Instituto de Cultura Hispánica, cargo que según François Boucher fue inventado para él. A Mauricio Torra-Balari le encargaron crear y animar la Biblioteca Española de la Embajada, convirtiendo la Avenue Marceau en un centro de documentación, de conferencias y de manifestaciones culturales diversas.

### La Biblioteca Española

En 1952 se presentó en París la *Exposición del libro español contemporáneo*, organizada por la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores. La muestra constaba de 3.600 documentos publicados a partir de 1940, con los que se pretendía ofrecer un panorama de la producción editorial española de la época. Esta colección fue

el germen de la Biblioteca Española de París, inaugurada en el otoño de 1952, en un acto que contó entre otros, con la presencia del Embajador de España, el Conde de Casa Rojas, del poeta Paul Claudel y de monseñor Roncalli, nuncio del Vaticano y futuro Papa Juan XXIII. Se eligió para su ubicación el palacete del 11 Avenue Marceau, detrás de la embajada, que había albergado con anterioridad la sede del gobierno vasco en el exilio, y después sede policial española durante la ocupación alemana. Las informaciones que voy a dar sobre la vida cultural intensa de la Biblioteca Española proceden de una revista que es fundamental para conocer la vida española en París de 1955 hasta 1964 más o menos. La revista *Amitié franco-espagnole, Amistad hispano-francesa*, patrocinada a la vez por la Embajada de España en Francia y la Embajada de Francia en España. Pues bien, como veremos no aparece casi nunca el nombre de Mauricio Torra-Balari en la revista, y nunca aparece asociado, o muy poco, con la Biblioteca. De la vida de la Biblioteca entre el otoño de 1952 y principios del año 1955 no se conoce casi nada. Por la rúbrica *Noticias de Francia*, del N° 2 de la revista de marzo de 1955 sabemos que la Biblioteca Española de París estaba situada bajo la dirección del Agregado Cultural de la Embajada de España, Don Eduardo Ibáñez, que ocupó el puesto hasta finales del 1956, que contaba con una Sala de Conferencias y cinco salas de exposición y que se abría al público todos los días de 2 a 6 de la tarde. Su fondo bibliográfico alcanzaba los 6.000 volúmenes. El Centro Cultural poseía algunas películas de 16 milímetros sobre las ciudades artísticas de España y una colección de 6.000 diapositivas, unas 2.000 en colores, sobre la vida española, obras de arte, etc. Entonces se hallaba en estudio el proyecto de una discoteca completa. Todos los miércoles a las 6 de

la tarde se organizaban conferencias en francés y en español, los viernes a las 9 de la noche presentaban *Visiones de España*, proyecciones comentadas en francés y en español. Los jueves y sábados a las 4 de la tarde estaban dedicadas a la «Tertulia española» destinada a todos los que desearan perfeccionar su español: el tema a tratar era libre, pero solamente se usaba el español. También en el texto se menciona que en breve se trasladarían allí los servicios culturales de la Embajada y que fueron numerosas las conferencias sin especificar las que honraron la Biblioteca, tanto por las materias tratadas como por la personalidad de los oradores. Pues bien, Mauricio Torra-Balari dio dos conferencias el 27 de mayo 1953 sobre «El barrio gótico de Barcelona», y otra el 2 de junio de 1954 sobre «Cataluña y Aragón en el camino de Santiago», un tema que siempre le interesó.

A partir de junio 1955 la revista *Amitié franco-espagnole, Amistad hispano-francesa* presentaba una relación muy completa de las actividades culturales de la Biblioteca, las conferencias semanales, con un ciclo específico y una exposición motivados por el quinto centenario de la canonización de San Vicente Ferrer y el 30 de abril un concierto del joven pianista español Ramón Catromil y el día 25 de junio un homenaje a Paul Claudel que acababa de fallecer organizado por los servicios culturales de la Embajada. Mientras tanto los señores Matías Mut, Director de la Oficina Española de Turismo en París, y Sixto Planas se cuidaban de las proyecciones de *Visiones de España*. En el mes de diciembre de 1957 comenzaron los cursos sobre cultura española a cargo de Aurelio Viñas, Catedrático de la Universidad de Sevilla y Subdirector del Instituto de Estudios Hispánicos de la Sorbona, sobre Historia y Lengua, de Ignacio Ribed, pintor y crítico sobre

pintura española y de Manuel Sito Alba, Catedrático y Secretario de la Biblioteca sobre literatura española. Con anterioridad, en el año 1952, Sito Alba había encargado a Pedro Ardoy un ciclo de conferencias sobre literatura española, según me contó el mismo Ardoy. En abril de 1958, con ocasión de la llegada a París de *La Celestina* interpretada por la Compañía del teatro Eslava en el marco del Teatro de las Naciones, la Biblioteca Española organizaba una *Semana del teatro español*, con conferencias de Gonzalo Torrente Ballester y de Luís Escobar, director del teatro Eslava. Respecto al teatro, una colaboración muy valiosa para la biblioteca fue la de la cátedra de español del Conservatorio de Arte dramático de París, la titular de la cuál fue Josita Hernán, que participó varias veces en ciclos de teatro español en 1958 con la representación de unos *Pasos* de Lope de Rueda y unas escenas de *La jaula* de Gil Vilache, o el 8 de junio de 1962 en *El Villano en su rincón* de Lope de Vega.

En diciembre 1958, la Biblioteca poseía un fondo bibliográfico de 12.000 volúmenes, el doble que en 1955 y cuando José María Messia, agregado cultural de la Embajada, dejó su cargo en 1960, después de cuatro años en París, *Amitié franco-espagnole, Amistad hispano-francesa* dedicaba un artículo a la Biblioteca Española, denominada Instituto de Alta Cultura, bajo una forma de entrevista a José María Messia, en la cual éste afirmaba: «... el elemento más directo para la proyección de la cultura española - habida cuenta del Colegio Universitario español y también del Instituto de Estudios Hispánicos – es la Biblioteca Española de París [...] si en un principio comenzó siendo sólo biblioteca, luego se fue desarrollando y madurando, y hoy la diversidad y la complejidad de sus servicios la convierten en un auténtico Instituto de Alta Cultura Española... A

los servicios bibliotecarios propiamente dichos, se unen conferencias magistrales, conciertos musicales, desarrollos de cursos generales de Historia y Literatura, y monográficos que estudian aspectos particulares de la cultura española; cursos breves sobre temas diversos y tertulias y coloquios de mesa redonda; un programa continuo de exposiciones en nuestra sala de “Arte al Día”, por la que desfila la vanguardia de nuestros artistas; lecturas de obras inéditas por el autor, lecturas teatrales escenificadas; representaciones teatrales propiamente dichas; funciones de cine, que de ahora en adelante serán realizadas con un proyector de 35 mm en lugar del de 16; y ahora ha comenzado, igualmente, un curso especial de Lengua y Geografía Turística, que esperamos tenga un gran éxito.» En cuanto al nuevo agregado cultural, Rafael Quintanilla, en una entrevista publicada en *Amitié franco-espagnole, Amistad hispano-francesa* (núm.LIX, mayo 1960), declaraba que su intención era seguir desarrollando las actividades de la Biblioteca, intensificarlas y buscar el mayor contacto posible con los medios culturales franceses; es decir, acentuar el sentido europeo del hispanismo, sin descuidar su acervo hispánico, y el ritmo de las actividades que venía mostrando. Podemos constatar que en aquel entonces la Biblioteca Española era el equivalente, más o menos, de lo que es hoy el Instituto Cervantes, y sus actividades iban mucho más allá de las de una simple biblioteca.

¿Qué papel jugaba en este entramado Mauricio Torra-Balari? Como siempre en la vida de Mauricio, nunca se sabe exactamente lo que era y lo que hacía y, casi nunca, aparecía su nombre de forma oficial. Una vez, el conde de Casas Rojas le preguntó, con un cierto tono de reproche, porque no aparecía nunca en las fotografías, y Mauricio le contestó:

«Es que físicamente no me gusto, señor embajador». Pero la verdad es que siempre se mantuvo en un segundo plano, lo que le convenía. Lo que le gustaba realmente y que sabía perfectamente hacer era un papel de introductor, de celestina. Según me contó él mismo, pasó muchos años en la Biblioteca de la embajada sin sueldo ni seguridad social, pero, eso sí, con matrícula diplomática para su coche. Hasta que, al cabo de no sé cuantos años, desconozco que embajador se dio cuenta que Mauricio se quedaría sin recursos cuando se jubilara, fue regularizada su situación laboral. Sin embargo hay dos hechos que prueban que su papel de intermediario cultural, de *passer* como se dice en francés, entre Francia y España fue importante. Uno es que por su labor cultural fue nombrado Chevalier de la Légion d'Honneur por el Director de los asuntos culturales del Ministère des Affaires Etrangères, el Conde de Bourbon-Busset, el 12 de abril de 1956. La ceremonia tuvo lugar, como prueba de consideración personal, en el domicilio privado del Conde en su palacete de la rue de Lille, contando con la presencia del Embajador de España y de otros miembros del cuerpo diplomático español y francés. Doce pintores españoles residentes en París le ofrecieron a Mauricio en esta ocasión un plato de cerámica con sus firmas.

Seis años más tarde, una pequeña nota en el número de julio-agosto de 1962 de *Amitié franco-espagnole, Amistad hispano-francesa*, informaba que «M. Mauricio Torra-Balari, Conservateur de la Bibliothèque espagnole de Paris, vient d'être nommé Commandeur du Mérite Civil. Cette haute distinction s'ajoute à toutes celles que son activité franco-espagnole a valu à "Mauricio", parmi lesquelles la Cravate d'Isabelle la Catholique et la Croix de Chevalier de la Légion d'Honneur». Así, nos enteramos del cargo exacto

de Mauricio, que no fue nunca director de la Biblioteca, sino conservador de la misma. Esto viene corroborado por su presentación a raíz de una conferencia que dió en 1960, donde figura como «Attaché aux Services Culturels de l'ambassade d'Espagne à Paris, Conservateur de la Bibliothèque Espagnole et Délégué en France de l'Institut de Culture Hispanique de Madrid». ¿Qué hacía exactamente Mauricio? Para saberlo hay que ahondar un poco en su personalidad. Su gran amigo, el periodista Carlos Sentís, que vivió mucho aquellos años en París, le dedicó un artículo necrológico en el diario *Avui* (31 enero 1999) con el título significativo de «L'esperit parisenc de Torra Balari». Destacaba que se relacionaba tanto con pobres pintores de Montparnasse como con el mundo del Boulevard Saint-Germain de Proust, donde vivía en la rue du Bac. Con los pintores catalanes de Montparnasse, seguía relacionado con Rosita Casteluchó y su marido, Just Cabot, que había abierto la mejor librería española e hispano-americana en París, al lado de la galería de arte de su mujer Rosita, en el Boulevard de Montparnasse, con Clavé, Grau-Sala y pintores más jóvenes, que habían llegado a París con becas del Cercle Maillol del Instituto francés de Barcelona. Otro pintor y novelista muy amigo de Torra-Balari fue el sabadellense Joan Vilacasas. Particularmente Xavier Valls, que llegó en 1949, fue otro de los grandes amigos de Mauricio, con su esposa Lluïsa. Xavier Valls en sus memorias, *La meva capsula de Pandora*, cuenta las cenas que organizaba Mauricio para sus amigos en su piso de la rue du Bac. En su papel de anfitrión siempre ofrecía *champagne rosé*, y sabía divertir a sus invitados con números de transformismo a la Frégoli, recepciones que acababan a la madrugada. Allí estaban Emili Grau Sala, Jordi Mercadé, Jaime del Valle-Inclán y Antoni Clavé (fig.3 y 4).



También cuenta que los primeros años de la década de los 50, seguía en pie la peña del *Café Mabillon*, Bd Saint Germain, presidida por el poeta Rafael Lasso de Vega, marqués de Vilanova, que Torra-Balari debía frecuentar desde su regreso a París en 1947. Al lado de Lasso de Vega, acudía también el escritor catalán de Gerona, Josep Maria Gironella, uno de los principales protagonistas de la novela que apareció unos años más tarde, en 1957, con el título *Café Mabillon*, editada en Barcelona por José Janés, y escrita por un tal Virgilio Serra, de quién no sabemos nada. Gironella aparece en la novela con el seudónimo de Salavedra, pero como se sabe que és gerundense y que ha ganado el premio Nadal con una novela titulada *Una mujer*, cuando en realidad el título era *Un hombre*, el disfraz de nombre es transparente. También Sempronio relató su primer encuentro con Mauricio, que no conocía, en el *Diario de Barcelona* (25 de mayo de 1957). Comentaba que coincidió con él unos días antes, en la Galería Drouant-David, durante el *vernissage* de la exposición de pinturas de María Sanmartí, madre de Antoni Clavé, y que fue «... el joven y estupendo Xavier Valls, quien lo presentó a Mauricio Torra-Balari».

Mauricio se desenvolvía también perfectamente en el mundo de Saint-Germain. Tenía muchos *dîners en ville*, iba a casa de condesas con su amigo Antonio Cánovas del Castillo, descendiente del célebre hombre de estado, y siempre se relacionó con sus exprofesores de Sciences Po, particularmente André Siegfried del cual tradujo al español el libro *Máximas*, con un prefacio del Conde de Romanones (Gustau Gili, Barcelona, 1952). Lo curioso del caso es que Mauricio también tradujo al francés el libro del Conde de Romanones, *Maximes et pensées politiques*, con prefacio de André Siegfried, editado siempre en Barcelona

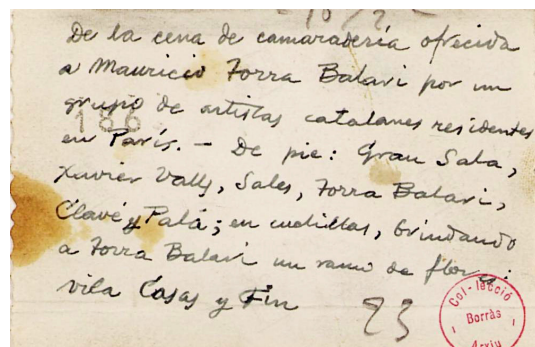


Fig. 3 y 4. Fotografía (anverso y reverso) en la que figuran Mauricio Torra-Balari e identificados los nombres en su reverso: Grau Sala, Xavier Valls, Sales, Torra-Balari, Clavé y Palá, con el ramo de flores Vila Casas. Archivo colección Borràs, reproducido en Archivo documental Eliseo Trenc.

por Gustau Gili en 1958. Carlos Sentís escribió que de todos los catalanes de su época en París, ninguno tuvo una presencia más plural, amplia y sobretodo heterogénea. No conoció ninguno tan *salonard* como Mauricio. Para revestir esa condición, según Sentís, era necesario tener libertad de horario, estar disponible para cualquier recepción, acontecimiento, estreno o inauguración. Por eso yo no entendía como Mauricio podía acudir con regularidad a su despacho de la Biblioteca Española, sobre todo por la mañana, hasta que me enteré que la biblioteca sólo abría de 2 a 6 de la tarde. Sentís añadía que hacía falta haber leído el último Goncourt, haber visto la última obra de teatro o de cine, ya que sino se estaba al día en el terreno cultural no se podía acudir a

los almuerzos y a las cenas aludidos. Otra gran amiga de Mauricio, la hispanista y poetisa Mathilde Pomès nos ha dejado también un retrato análogo de Mauricio en un artículo que publicó el 27 de junio de 1969 en *ABC*, donde lo definía como el español más asiduamente mundano que había conocido en París. Describía un día cualquiera de Mauricio, que a pesar de su frivolidad era realmente agotador, ya que el hombre mundano debía estar en todas partes. Resaltaba la «elegancia, a la vez nata y adquirida de Mauricio, que redundaba según ella, en pro de la popularidad y el renombre de España». Algo que debió ayudar a Mauricio a entrar en los salones tan elitistas de la condesa de La Rochefoucauld o de Marie-Laure de Noailles fue su ingreso como caballero en la Orden del Santo Sepulcro en marzo de 1955, conjuntamente con su hermano Juan, según lo anunciaba en una carta del día 8. En la misma Juan hablaba de un viaje que acababa de hacer a Lisboa y de una entrevista con Juan de Borbón, durante la cual éste recordó muy bien la visita que hizo a Mauricio en su casa de la rue du Bac. Una cosa curiosa respecto de la familia real, es que un gran amigo de Mauricio, el inglés Bernard Treneman, lo era también de la infanta Pilar, y por consiguiente le conocía y en una ocasión le dijo que le gustaría conocer a los artistas españoles de París. Mauricio organizó una velada en su casa bastante surrealista en la cual la infanta Pilar se codeó con el escultor Lobo, comunista, Pelayo, republicano, etc. Este *tour de force* diplomático de Mauricio, revela otra vez su don de gente, ya que no hubo ningún problema. Fue un acto que muchos de los artistas e intelectuales que he conocido en París recordaban como un hecho insólito.

En 1964, en un artículo necrológico sobre la madre de Mauricio, Ana de Llavallol y de Pons, publicado el 3 de julio en

*La Vanguardia*, nos enteramos que Juan Torra-Balari era secretario general del Capítulo de Cataluña, Aragón y Baleares de los caballeros de la Orden del Santo Sepulcro y su hermano Mauricio era representante en Francia de la Orden. En 1960, Mauricio ingresó en otra orden de caballería, como Caballero Armado del Capítulo Hispano Americano de Caballeros del Corpus-Christi de Toledo. Su amigo François Boucher explicaba que Mauricio consiguió atraer esta sociedad parisina, formada por intelectuales, artistas y aristócratas y este mundo de los *dîners en ville*, de los *vernissages*, que crea la moda y la opinión, en las actividades que se realizaban en la Biblioteca Española. Buen ejemplo de ello podría ser la nota publicada en *Amitié franco-espagnole, Amistad hispano-francesa* (número 16, junio 1956), acerca de la inauguración de la exposición de retratos del pintor mundano Alejo Vidal-Quadras, donde se hallaba «todo París», según la crítica parisina. También nos dice François Boucher que, aunque Mauricio no tenía el cargo de agregado cultural de la Embajada desempeñaba a menudo ese papel y se le veía como representante de España en las recepciones de la Academia Francesa o en grandes manifestaciones culturales.

No todo fueron mundanidades en este París de los años 50 y 60 para Torra-Balari. Aparte de sus traducciones de André Siegfried y del Conde de Romanones de 1952 y 1958, que ya hemos mencionado, su interés por la historia seguía vivo. Escribió un artículo sobre: «La situación de España a fines del siglo XVII», que fue publicado en la *Revista de historia Jerónimo Zurita* (número 8-9, 1955-1956:150-166) y para la Société des Etudes Historiques dio una conferencia titulada «Charles-Quint, comte de Barcelone» que tuvo lugar en la Fondation Nationale des Sciences Politiques et Economiques et

Diplomatiques de Paris, el 18 de marzo de 1960. Ese mismo año, la conferencia que había dado en 1954 en la Biblioteca Española, «Cataluña y Aragón en el camino de Santiago» se publicaba en la revista *Ilerda* (18 (24), 1960:69-82). También publicó un «Hommage à Azorín», a raíz de su desaparición en *La Revue des deux mondes*, el 1 de mayo de 1967, escrito con mucha sensibilidad y elegancia. Su relación con el mundo intelectual francés fue muy estrecha ya que perteneció a muchas asociaciones literarias com Les amis de Maxime Leroy, Les amis d'André Sigfried, Les amis de Marcel Proust, Les amis des Gens des Lettres, La Société d'Etudes Historiques, Les Amis de l'Art Roman y Pax Romana, con sede en Fribourg (Suiza). Fue delegado de Pax Romana cerca de las Organizaciones no-gubernamentales en la Unesco de 1948 a 1952.

Lo que fue más importante para Mauricio fue su colaboración literaria con Henry de Montherlant. No sé cómo se conocieron, quizás fue la poetisa Mathilde Pomès, amiga de ambos y del escritor antes de la guerra, o bien fue Mariano Andreu quien los presentó. Está documentado que Andreu ilustró la obra literaria *Encore un instant de bonheur* de Montherlant publicada el año 1937, después le siguieron otras, y que diseñó diversas escenografías y figurines para obras teatrales del escritor. Puedo asegurar que eran muy amigos, paralelamente a las colaboraciones artísticas y literarias. Mauricio me habló mucho de él. Lo había visitado en su casa de Biarritz, villa Tragaviento. Lo que rápidamente les unió fue la pasión común por el teatro. Es curioso comprobar que Mariano Andreu hizo las escenografías y los figurines de *Le Maître de Santiago* (fig.5), obra estrenada en el teatro Hébertot el 26 de enero de 1948 y que ilustró la segunda edición, publicada por Presses de la Cité,

el 1948, con seis litografías, y la cuarta edición de lujo, publicada por la Librairie Plon, el 1950, con cuatro litografías, mientras que en este mismo año, 1950 se publicaba la traducción española por Mauricio Torra-Balari de *Le Maître de Santiago*, obra escrita por Montherlant en 1947, en una edición del teatro de Montherlant editada por la *Revista de Occidente* en Madrid. Mariano Andreu sigue haciendo las escenografías y los figurines del *Don Juan*, estrenado el 4 de noviembre 1958 en el teatro de l'Athénée (fig.6), y también ilustra la edición del drama del editor Henri Lefebvre, el 1958, con catorce litografías. Es pues de suponer que Mauricio, Mariano Andreu y Montherlant se veían a menudo aquellos años.

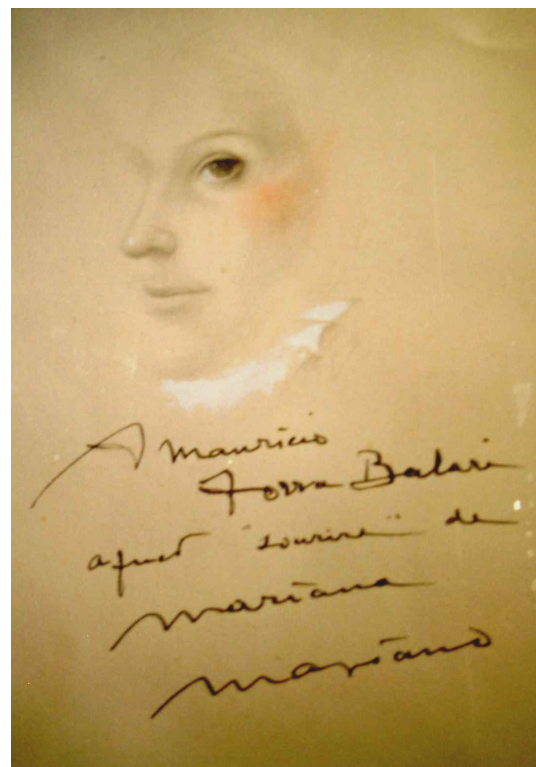


Fig. 5 Mariano Andreu, *Sonrisa de Mariana* (c. 1948), guaix original en la segunda portada del libro *Le Maître de Santiago* (1948) con la dedicatoria "A Mauricio Torra Balari aquest "sourire" de Mariana". Colección privada cortesía de M.Antonia Casanovas. © Derechos E.García Portugués (AFEGP 1940,301).





Fig. 6 Mariano Andreu, *Figurí del Marqués de Ventrás* (1958), gouache del *Don Juan*. Obra dedicada: "A Mauricio Torra Balari". Colección privada cortesía de M. Antonia Casanovas. © Derechos E. García Portugués (AFEGP 1958,8010).

En mayo de 1957 Sempronio, en su artículo «Paris Maurici», antes mencionado publicado en el *Diario de Barcelona*, le hace decir a Torra-Balari que lo invitaba a su casa: «Días atrás, en este mismo sillón donde usted se sienta, estaba Henry de Montherlant. Anunció que se proponía escribir una obra sobre Cisneros. No solamente se lo anunció, sino que de su puño y letra rotuló la “camisa” destinada por Mauricio a archivar todo cuanto se refiere al aún no nato Cisneros. – Equivale a una primera piedra – le dijo». Como buen conocedor de la historia de España, Mauricio le proporcionó datos valiosísimos para su redacción. Y lo demuestra la dedicatoria que lleva al principio el ejemplar de lujo de *Le*

*cardinal d'Espagne* ilustrado con grabados de Pierre-Yves Trémois, que Montherlant ofreció a su amigo: «A Mauricio Torra Balari, quien no cesó de guiar con su erudición y su cortesanía, no sólo al autor, sino también al ilustrador de esta obra, que le debe mucho de lo que es». En otra edición de bibliófilo, copiosamente ilustrada, figuran – impresas – las palabras con que Montherlant expresa su gratitud a las personas que le prestaron cooperación al escribir *Le cardinal d'Espagne*. Empiezan así: «Quiero dar las gracias a mi traductor y amigo, señor don Mauricio Torra Balari, conservador de la Biblioteca de la Embajada de España en París, a quien he recurrido varias veces en las curiosidades o dificultades que llevaba aparejado este trabajo, y que las ha satisfecho o resuelto con la prontitud y diligencia que conocen todos los que le tratan». Este segundo ejemplar lleva también una dedicatoria autógrafa de Montherlant, redactada en estos términos: «A Mauricio Torra Balari, a quien debo tanto para la interpretación de este sombrío drama de la Locura y de la Muerte». Según Sebastià Gasch, fue el propio Montherlant que le encargó la traducción de *Le Cardinal d'Espagne* a Mauricio, en el que empleó dos años en esa tarea. Curiosamente, esta traducción, si se llevó a cabo, no se publicó nunca y la versión castellana fue estrenada en la temporada del Teatre Grec de Montjuïc en julio de 1961, y publicada en la colección literaria de la editorial Aguilar, en Madrid el año 1962, con traducción de José López Rubio.

Siempre con relación a Montherlant, creo que no es una casualidad que en 1960 apareciesen dos largos artículos sobre el escritor francés en *Amitié franco-espagnole*, *Amistad hispano-francesa*. El segundo, firmado por Mgr. Pierre Jobit, Director de l'Institut d'Etudes et de Recherches Ibéro-américaines del Instituto Católico



de París, colaborador asiduo de la revista, sobre *Le Cardinal d'Espagne*, responde a la actualidad de la representación y de la edición de la obra (núm. LX, junio 1960), y tiene que interesar por fuerza a un eclesiástico como Mgr. Jobit. El primero, «Henry de Montherlant et l'Espagne [y España]», bilingüe, firmado por la catedrática Renée Gay, que había hecho una tesis titulada *Montherlant et le monde ibérique* en 1953, (núm. LVIII, abril 1960), seguramente intervino Mauricio para hacerlo publicar por la revista. En el año 1966 la revista editaba la conferencia que impartió el hispanista e historiador, profesor del Instituto Católico de París, Jean Descola, en el Instituto Francés de Madrid, titulada «Ibérisme et mystique dans l'œuvre de Montherlant», artículo de diez páginas de gran interés. Posteriormente, en 1978, Manuel Sito Alba, catedrático, encargado de cursos de literatura española en la Biblioteca, publicaba en francés *Montherlant et l'Espagne. Les sources hispaniques de 'La reine morte'*. Al hablar de las amistades que pudieron influir en el hispanismo de Montherlant cita a Mauricio Torra-Balari y escribe: «Il reçoit les conseils de Torra-Balari sur ce qui touche l'Espagne; ce dernier examine ses manuscrits, lui raconte des anecdotes de la vie contemporaine espagnole et le met en relation avec quelques autres compatriotes». Manuel Sito Alba añade en nota: «Ce fut Torra-Balari qui me présente à Montherlant».

Además de Montherlant, Mauricio se relacionó con otros escritores famosos como Marguerite Yourcenar, que consideraba una gran conocedora de España, con Cocteau, y tuvo una gran amistad con Michel del Castillo. También conoció a hispanistas como Bataillon y el catedrático de la Universidad de Sevilla y subdirector en los años 50 y 60 del Instituto hispánico de la Sorbonne, el

Dr. Aurelio Viñas. Mauricio siempre fue un hombre muy elegante y le interesaba también el mundo de la moda. Fue amigo de Christian Dior y de Balenciaga. Conoció a tanta gente que parece imposible, y además no se trataba de invenciones o exageraciones. Su amistad con Picasso fue real y no inventada como la de mucha gente. Como su hermano Juan tenía una casa en Cadaqués, en verano se vió a menudo con Dalí y Gala en su casa de Port-Lligat. Me contó que una vez le recibieron desnudos, lo hacían para provocar y para ver la reacción de los visitantes, y como Mauricio tenía mucho mundo, se comportó con ellos como si no pasara nada.

Fue un poco complicado averiguar cuando dejó la Biblioteca, y cuando se jubiló, pero gracias a Isabel Flores, adjunta del agregado cultural de la oficina cultural de la Embajada española y a Fernando Martínez, que trabajó como auxiliar en la Biblioteca en 1974, me enteré que Mauricio se jubiló a los 65 años en 1972. No obstante, María del Mar Bersabé, ex contable de la Embajada, me dijo por teléfono que ella lo jubiló en 1977, a los 70 años, pero que hacía años que Mauricio ya no iba por la Biblioteca. A mi entender fue un acuerdo que compensaba los años de servicio sin haber recibido una prestación que finalizó cuando llegó como consejero el socialista Puente Ojea, del grupo de Tierno Galván.

Del 72 al 78, Mauricio vivió a caballo entre París, donde pasaba el invierno, y Barcelona, donde pasaba el verano, con estancias regulares en Ouchy, en el hotel Belvédère a orillas del lago Léman, y en Cadaqués en verano. En torno a los años 1983 y 1984, Mauricio con gran tristeza dejó definitivamente París. Se instaló en el piso familiar de la Gran Vía de Barcelona, en realidad un doble piso,

con un corredor larguísimo que unía los dos pisos simétricos con sus dos salones isabelinos. Transformó el salón delantero en lo que Josep Maria Carandell llamó «La sala biblioteca de Maurici Torra-Balari» en el libro *Salons de Barcelona*, ilustrado por Aurora Altisent y textos de Josep Maria Carandell. Al hablar de los libros de las estanterías, el periodista aludía a la vasta cultura de Mauricio, principalmente orientada a la literatura, la historia, la filosofía de la historia, la historia diplomática y el arte. Los libros, las fotos y los grabados dedicados son una muestra de sus amplias amistades, desde Josep Pla y el poeta Marià Manent hasta Clavé o Picasso, desde los más jóvenes como Ràfols Casamada o Flotats hasta Montherlant, André Siegfried, Bataillon, Carner, D'Ors, los escultores Marés, Monjo, la duquesa de la Rochefoucauld, Lluís Llach, y buena parte de la sociedad catalana o francesa, la mayoría de los cuales pasaron por esa casa. Decidió celebrar, con la ayuda de Roser Gili Esteve, hermana de Gustau Gili Esteve, una tertulia el primer lunes de cada mes. Reunía en su casa personas más bien del mundo intelectual y artístico que propiamente mundano. Carles Sentís, su viejo amigo que asistía a menudo a esas tertulias, nos dice que coincidió en una de ellas con el padre Batllori, el padre Marc Teixonera, encargado de la biblioteca de Montserrat, Gustau Gili padre y su esposa Ana María, prima de Mauricio y gran amiga de toda la vida, Enric Badosa, Faust Serra, otras personas de los Amigos de los Museos y también miembros de l'Associació de Bibliòfils de Barcelona, de la cual era uno de los decanos, en particular el vicesecretario de la Associació, Xavier Trias de Bes y Albert M. Roca Serra. En Barcelona falleció en enero de 1999, a los 91 años a pesar de

haber fumado toda la vida su paquete de *gauloises* diario (a los que veníamos a verle de París siempre nos encargaba que le llevásemos *gauloises*), y haber bebido copiosas cantidades de whisky, ya que, al final de su vida, intentaba olvidar con el alcohol su nostalgia de París.

Es realmente una lástima que Mauricio Torra-Balari no nos haya dejado el testimonio de su cultura, de sus relaciones y de su archivo familiar y personal, lo que hubiera ofrecido una imagen muy viva de su vida oficial y de la sumergida durante la dictadura franquista, de los artistas amigos de Montparnasse, del mundo diplomático y de la buena sociedad, de toda una historia vivida en presente por un hombre de mucho mundo.